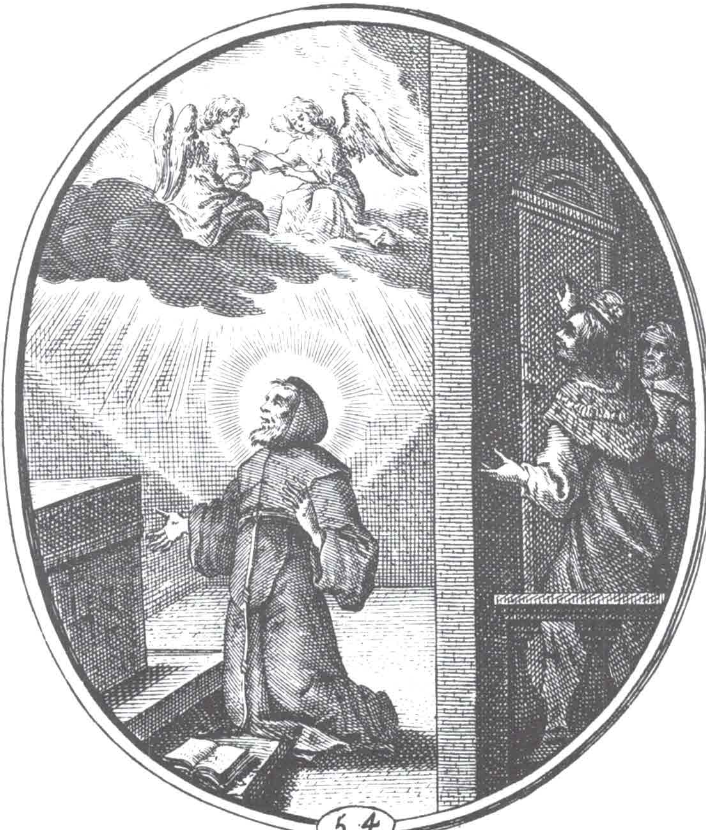


El rey Carlos VIII sorprende al Santo envuelto en un fulgor de luz celestial

La fama de vida austera, de santidad prodigiosa del Ermitaño de Paula sirvió para conseguir nuevos y numerosos discípulos en Francia. Recordamos los nombres del P. Genaro Lionnet, más tarde elegido superior general de la Orden; del P. Juan Abundance, eminente religioso que se prodigó intensamente por la difusión de la Primera y Segunda Orden en España; del P. Santiago Lespervier, que fue secretario del Santo; del P. Francisco Binet, antes sacerdote benedictino, gran colaborador en la composición de la Regla de la nueva Orden de la que fue tres veces superior general.

El progresivo aumento de discípulos hacía insuficiente e inadecuado el pequeño convento junto al castillo de Plessis, y la cercanía de la corte, donde el brillo y las fiestas eran frecuentes, contrastaba con la austera y penitente vida de los frailes.

El mismo Carlos VIII permitió a Francisco construir un convento, siempre y cuando no estuviese lejos del palacio. Dio para ello disposiciones pertinentes: «un convento con dormitorios, claustro y jardín y todo lo que

Carlos VIII, como gesto de gratitud, desea que el Santo sostenga al Delfín en el bautizo

fuese necesario para la vida monástica». Este surgió cercano al castillo en una localidad llamada Montils.

También pensó el rey Carlos, con delicados sentimientos, edificar una iglesia en el castillo de Amboise, sobre el mismo sitio donde el joven príncipe se había encontrado con el santo Ermitaño de Calabria.

Otros conventos habían surgido por la munificencia de los nobles y de las gentes, entre ellos el de Frejus y el de Nigeon; otros se abrirían viviendo el Santo Fundador, no sólo en Francia, sino también en España, en Italia y en Alemania.

En España fue célebre el de Málaga, erigido por el agradecimiento de Fernando el Católico.

El rey Fernando después de tres meses de duro asedio a la ciudad de Málaga para expulsar a los moros que resistían con inusitado valor, estaba decidido a desistir. El Santo envió al P. Bernardino de Cropalati y al P. Santiago Lespervier al campamento del Monarca para exhortarlo a continuar la lucha asegurándole el triunfo de sus ejércitos. En efecto, tres días después del mensaje de Francisco, Fernando, inesperadamente tomó la plaza.

Agradecido al Santo y a sus ermitaños les regaló una pequeña propiedad donde ellos edificaron un reducido convento en el que veneraban la imagen de la Virgen que el Rey les había regalado. Imagen que él recibió de Maximiliano de Austria y que llevaba siempre consigo en los viajes y batallas. Aquella Virgen fue conocida desde entonces como «Virgen de la Victoria», y a los Mínimos en España se les conocía como «los Frailes Victorios».

En Alemania el emperador Maximiliano de Austria había tenido noticias del gran bien que Francisco había obrado en el país vecino. Escribió personalmente al Santo instándole a edificar algún convento de su Orden en el imperio. En el año 1497, unos cuanto religiosos, bajo la dirección del P. Dionisio Barbier, fueron enviados por el Santo a Alemania y fundaron tres conventos: en Krumau, Vartemburg y Fristritz.

Carlos VIII contra el reino de Nápoles

La regencia de la princesa Ana terminó cuando el hermano Carlos llegó a la mayoría de edad. Joven de edad y sin experiencia, Carlos VIII se lanzó a una guerra relámpago

contra el reino de Nápoles, sobre el que reclamaba, según su parecer, justos derechos.

Con un ejército de cincuenta mil hombres atravesó los Alpes y, cruzando la Península, sin encontrar resistencia alguna, llegó a Nápoles que conquistó el 22 de febrero de 1495.

Apenas había gozado la embriaguez de la conquista, que debió batirse en retirada precipitadamente porque entre tanto se había constituido una liga entre los Estados italianos centro meridionales con otros extranjeros en contra de Francia.

En Fornovo, cerca de Parma, las tropas confederadas cerraron el paso a Carlos y a su ejército en retirada.

Aquí interviene el patrocinio del amigo Ermitaño que, habiendo conocido por divina iluminación cuanto estaba sucediendo en Fornovo, se recogió en oración con sus frailes. En un momento determinado, se levantó de tierra, radiante el rostro, e invitó a dar gracias al Señor por haber pasado el peligro en que se encontraba el Rey. De hecho, en aquel mismo instante Carlos, sin pensar en el peligro, se había lanzado contra el cerco y, rompiéndolo, había emprendido el camino de Francia.

Envía a dos de sus religiosos a Fernando V, rey de España, para asegurarle la victoria contra los moros

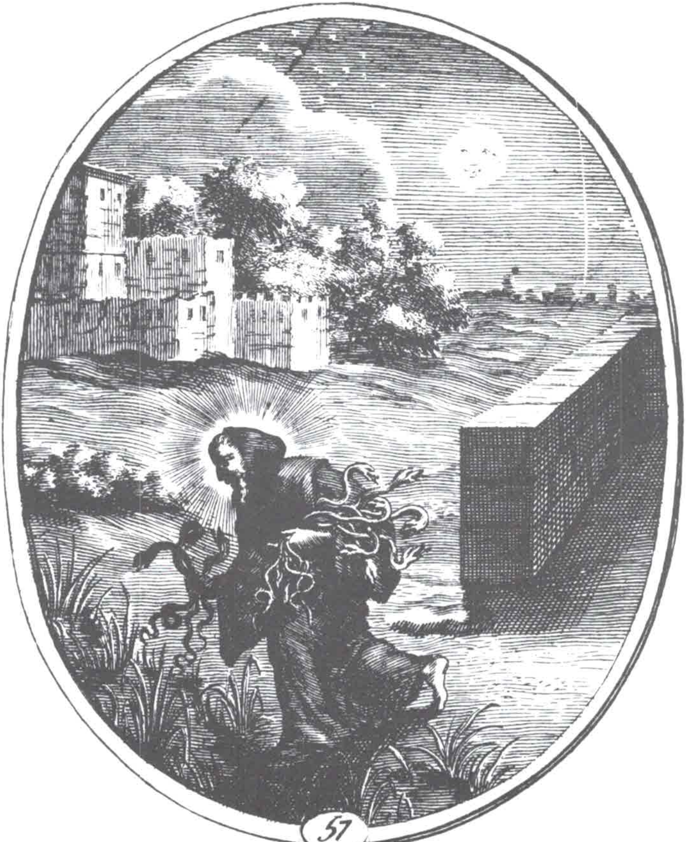
Fue corto su reinado y su vida, tronchada a la edad de veintiocho años por un accidente. Murió el 7 de abril de 1498, al dar con la frente violentamente contra un arquitrabe mientras jugaba.

El recuerdo del generoso protector de su Congregación suscitó en el ánimo del Ermitaño viva conmoción, moderada por el pensamiento de saber que había muerto en paz con Dios y con la invocación de la Virgen. Fue asistido por su confesor, el obispo de Angers.

Juana de Valois

A Carlos VIII, muerto sin descendencia, sucedió en el trono de Francia el duque de Orleans, que tomó el nombre de Luis XII.

—El Rey de Francia no recuerda las ofensas hechas al duque de Orleans—. Con estas palabras pronunciadas en el acto de su coronación, Luis XII tranquilizó —atrayéndose la estima de todos— a aquellos que tenían miedo a una dura política de represión en respuesta a su derrota en la guerra de Bretaña. Las responsabilidades del gobierno habían mitigado su carácter, decidiéndose por una acción pa-



Libra algunas tierras infestadas de serpientes

cífica y una benévola comprensión de sus súbditos.

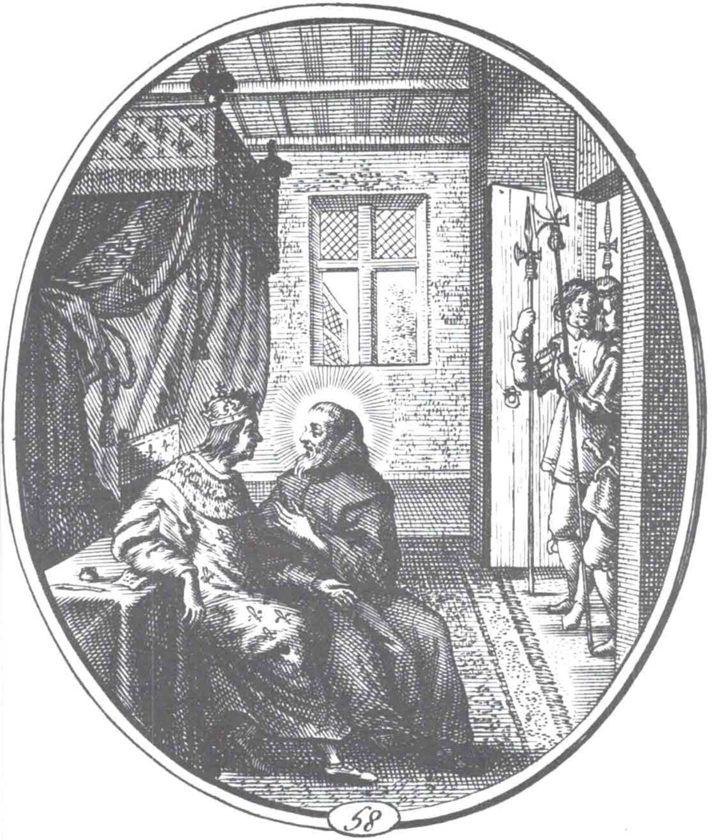
No fue sin embargo tan benévolo en el comportamiento con su esposa Juana de Valois, hija de Luis XI. La habían casado en contra de su voluntad por disposición de su padre, sin contar con el amor del duque. Tanto es así que un día el Rey llegó a amenazarlo:

—Sí el duque de Orleans no va a visitar a su esposa a Liniers, lo hago tirar al mar y de él se sabrá menos que del último de mis súbditos.

Una vez que subió al trono, quiso que el Papa anulara su matrimonio por defecto de libre consentimiento y jurando no haber consumado el matrimonio.

La evidencia de las pruebas le dio la razón. La comisión jurídica, formada para esta ocasión por el Papa Alejandro VI, reconoció realmente nulo su matrimonio con Juana, dando a cada uno su propia libertad.

La piadosa princesa, afrentada y humillada, durante el proceso para la declaración de nulidad, «se acercaba a encontrar a Francisco en su convento de Plessis. Cada día se gozaba con la conversación espiritual de Francisco



Luis XII le pide consejo en los asuntos de su reino

acerca del desprecio del mundo y la vanidad, sobre la paz y felicidad del alma recogida en Dios y el deseo de los bienes celestiales».

Así que llegó a la ciudad de Bourges, que el Rey le había regalado con el condado de Berry, se dedicó a un intenso apostolado de caridad hacia el prójimo. Fundó la Orden de la Anunciación y fue de las primeras en inscribirse en la Tercera Orden de los Mínimos, que en aquel tiempo había fundado el Santo.

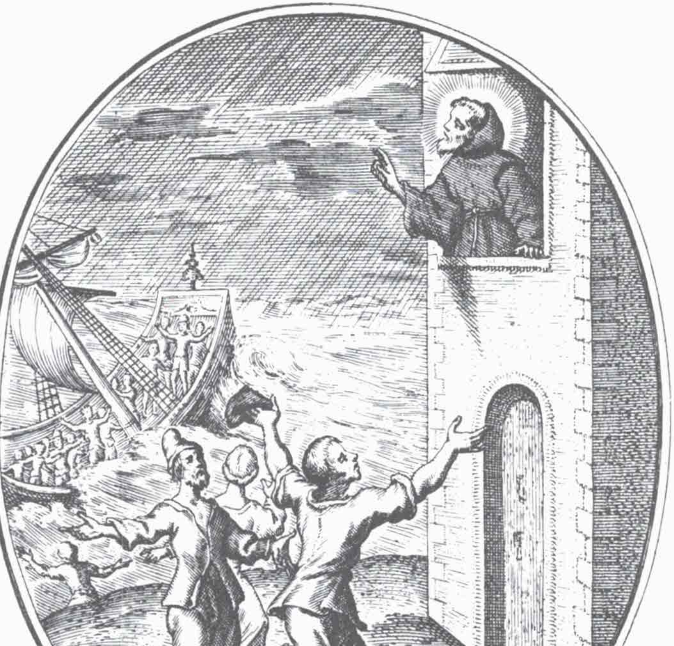
Bajo la guía espiritual de San Francisco, Juana de Valois murió en concepto de santidad el 4 de febrero de 1505.

Pío XII la propuso como modelo de virtud heroica, elevándola al honor de los altares el 28 de mayo de 1950.

Preparado el regreso

Después de la prematura muerte de Carlos VIII pensó Francisco que su misión en Francia había terminado.

Ardiente era el deseo de volver a abrazar a sus hijos espirituales de Calabria; de ver antes de morir sus montes y el mar azul de Paula, donde hubiera querido cerrar su peregrinación terrena.



Libra del naufragio a un bajel, bendiciendo
el mar tempestuoso desde la ventana de su convento

Envió al P. Binet a la corte para pedir un salvaconducto. El nuevo Rey, para quien el Santo debía ser poco conocido, dio el permiso.

Estaba ya Francisco en camino, cuando de improviso le alcanzó una orden del Rey en la que revocaba el salvoconducto y lo reclamaba en la corte.

Tuvo Luis XII el temor de perder al más valioso protector cuando el Cardenal Jorge de Amboise, primer ministro, y otros altos dignatarios, le dijeron quién era Francisco de Paula y qué bendiciones de Dios había alcanzado para la nación.

Que se encontraba ante un alma excepcional, el alma de un santo, pudo comprenderlo Luis XII, cuando unos días después fue a visitarlo al convento de Montils. Salió de la entrevista con los ojos llenos de llanto y reconoció que jamás hubiera pensado encontrar en la tierra un hombre tan santo.

—«Os aseguro —dijo—, que me ha dicho cosas que sólo yo y Dios conocíamos».

El encuentro había dejado en el ánimo del Rey una profunda veneración por el Santo y una gran admiración por la Orden por él fundada. «Siguiendo el ejemplo de mis predecesores, me declaro soberano fundador, pro-

Libra a un novicio de la fuerte tentación del diablo que le impedía emitir la profesión religiosa

tector y custodio de dicha Orden, por el singular amor y ferviente devoción que sentimos hacia la austeridad de la Regla en que viven el hermano Francisco y sus religiosos».

En este clima de estima y afecto, el Santo se preocupó de dar el asiento jurídico definitivo a la triple Familia religiosa por él fundada, obteniendo de los Papas que se sucedieron en la Cátedra de Roma el reconocimiento canónico de la nueva Regla, que incluía la abstienencia cuaresmal perpetua, sancionada con voto solemne. Conseguía así el ardiente deseo de su corazón.

Con Dios

La muerte de un Santo

El Santo Fundador, ya viejo por los años, extenuado por las vigilias, quebrantado por las abstinencias, pero siempre joven en inteligencia y lleno de actividad, continuaba con ardor jamás amortiguado, trabajando incansablemente por el incremento de la Orden.

El gallardo temple de su espíritu resistía admirablemente sus asperísimas mortificaciones, pero su cuerpo había ido gastándose poco a poco hasta volverse incapaz de sostener el peso de los años.

A mitad de la cuaresma de 1507 fue acometido por una fiebre lenta y continua; fiebre de agotamiento, que habría de apresurar el tan suspirado instante de la liberación. Mien-

tras esperaba el encuentro con el Señor, lo cual había predicho tres meses antes, prescindiendo del descanso, se preparó para pasar a la eternidad.

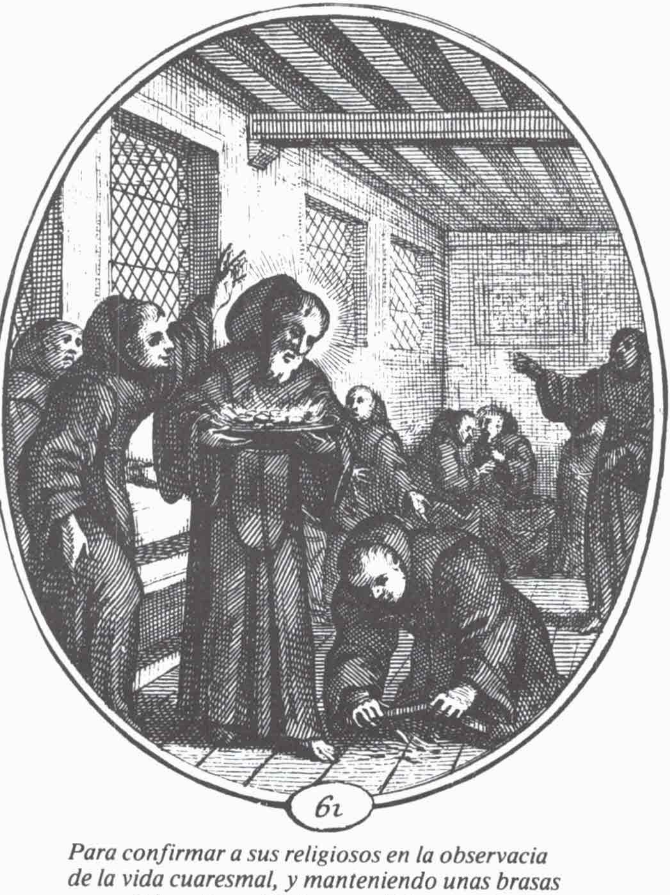
Dio a sus religiosos reunidos las últimas recomendaciones: la observancia fiel de la Regla profesada, insistiendo particularmente en el voto de abstinencia cuaresmal. Para confirmar todo lo que les decía y para disipar cualquier duda, hizo el último prodigio en vida.

Había un brasero para calentar la pequeña celda del Santo. En un cierto momento empezó a arder el entarimado del suelo. Francisco con sencillez, ante los atemorizados religiosos, lo cogió en sus manos y les dijo:

—Estad seguros, hermanos, que no es más difícil a quien ama a Dios observar cuanto ha prometido que a mí tener este fuego en las manos.

Y lo tuvo hasta que apagado, trajeron unos ladrillos donde poder dejarlo.

Pidió perdón a los religiosos, los abrazó, los bendijo y asistió con ellos en la iglesia a la Misa del Jueves Santo y recibió la comunión. A la tarde fue nuevamente para el lavatorio de los pies. Al P. Superior, que quería empezar por él, le dijo:



Para confirmar a sus religiosos en la observacia de la vida cuaresmal, y manteniendo unas brasas encendidas, dice: «Todo es posible para el que ama a Dios»

—Espera hasta mañana, hijo mío, y entonces me lavarás no sólo los pies, sino todo el cuerpo y hasta la cabeza.

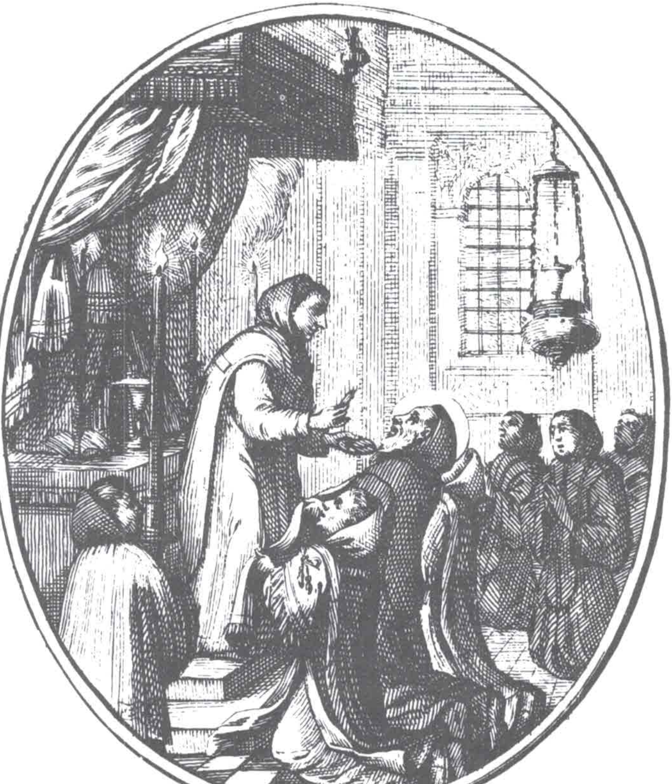
Ayudado por los frailes, volvió a la celda y se acostó en el manojo de sarmientos que era su cama, y recibió la unción de los enfermos.

Al día siguiente, Viernes Santo, reunió a la comunidad en su celda, renovó las recomendaciones del día anterior y nombró sucesor suyo en el gobierno de la Orden, hasta el próximo Capítulo General, al P. Bernardino Otranto. A éste, que se declaraba indigno de cumplir con semejante carga, Francisco le contestó:

—Acepta de buen grado y recuerda que la sabiduría del mundo es necedad delante de Dios.

Bendijo por última vez a los presentes y les envió a la iglesia para las funciones sagradas. Se quedaron con él para asistirle algunos religiosos con los cuales rezó los salmos penitenciales y la letanía de los Santos. Les pidió que le fuese leído el texto evangélico de la Pasión del Señor según San Juan mientras repetía: «En tus manos, Señor, encomiendo mi alma».

Después rezó en alta voz: «Señor mío Jesucristo, buen Pastor de nuestras almas, conserva a los justos, justifica a los pecadores, ten



Su última comunión en la vigilia de su muerte

misericordia de los fieles difuntos y sé propicio a mí, miserable pecador. Amén».

Y la serenidad cubrió su rostro. Con los nombres de Jesús y María, el buen Padre dejó la tierra para introducirse en la gloria del cielo.

El acta de defunción fue escrita en pergamino por el P. Miguel Lecomte, superior del convento de Gien, que en aquel entonces estaba en el de Montils. Decía así: «El primer Fundador y Corrector General de la Orden de los Mínimos, Fray Francisco de Paula, nuestro buen Padre, ha muerto en nuestra presencia el día 2 de abril de 1507, a eso de las diez de la mañana. Descanse en paz su alma. Amén».

El Santo tenía noventa y un años y seis días; sesenta y cuatro pasados en Calabria, tres en Sicilia y veinticuatro en Francia.

Dejaba la Orden por él fundada extendida en cuatro naciones de Europa con treinta y tres conventos.

Dejaba sobre todo un rastro luminoso de santidad que maravillaría al mundo entero.

El cadáver de Francisco fue expuesto en la iglesia de Montils y desde el primer momento fue un continuo afluir de gente de toda condición para orar y ver por última vez al Santo.

Un testigo ocular depuso en el proceso de Beatificación: «es imposible decir cuántos miles de personas, de uno y otro sexo, de todas las edades pasaron ante su cuerpo, e hicieron correr la voz de su muerte. Afluían desde todas las calles por ver el cuerpo sin sepultar todavía. Veneraban aquel cuerpo nobilísimo que había hospedado un alma tan insigne y besaban sus manos, instrumentos de tantas maravillas obradas. Aquellos que experimentaron su beneficencia, le imploraban intercediera por ellos ante Dios. No eran vanas sus oraciones ni nada negaba la divina bondad por los méritos y la intercesión de su siervo».

No obstante la guardia puesta por el Rey Luis XII, veinte gentileshombres lograron repartirse parte de la túnica, como preciosa reliquia, y hubo quien logró apoderarse del cilicio y las disciplinas, un cinturón de cuero que llevaba. Todos deseaban tocar y besar aquel cuerpo que se mantenía con felxibilidad inusitada.

Al contacto con el cuerpo, todavía floreció el milagro.

Un tumor había dejado ciego el ojo izquierdo de la pequeña Juana Loyon, hija de un funcionario de la corte. La madre, con la niña en brazos y la fe en el corazón, con esfuerzo consiguió hacerse paso hasta poder tocar con el ojo enfermo de la hija la cara de Francisco. Al instante el ojo recobró la visión.

Regresaba de Amboise la señora Juana Beauvalet, cuando cae del caballo; y, dando violentamente contra una piedra, queda con una grave lesión interna.

Sabiendo que Francisco había muerto se hizo conducir a la iglesia de Montils, segura de conseguir la curación con sólo tocar su cuerpo. Pero grande fue su desilusión cuando supo que ya había sido colocado y cerrado en la caja. Tanto rogó, tanto suplicó, que los religiosos abrieron la caja para que pudiera ver el rostro. Bastó aquella rápida mirada para recuperar las fuerzas y la curación.

El cuerpo fue sepultado en la misma iglesia de Montils, a la presencia de nobles y gente humilde.

Su muerte: 2 de abril de 1507

La fama de santidad que Francisco se había conquistado en vida fue refrendada con sorprendente rapidez por la autoridad eclesiástica.

Para conseguirlo un coro unísono de súplicas se dirigieron al Sumo Pontífice por parte de los reyes de Francia, de otros monarcas, cardenales, obispos, nobles y del pueblo.

En particular Ana de Bretaña, Reina de Francia, intervino directamente ante el Papa Julio II para que fuese abierto el proceso de beatificación comprometiéndose a sostener los gastos que supusiera. La reina devolvía así el deber de gratitud al Santo que le había curado a la pequeña hija Claudia.

Julio II, a petición también del P. Binet, de la Orden de los Mínimos, el 13 de mayo de 1512, dispuso que fuese inciada la recogida de testimonios sobre la vida, las virtudes y los milagros del Siervo de Dios.

Se compilaron dos procesos, en Francia uno y otro en Calabria, en los que se escuchó exhaustivamente ciento setenta testimonios, todas personas dignas de fe. Con gran riqueza de particularidades contaron las maravillas

El cuerpo del Santo expuesto a la veneración de los fieles

obradas por el humilde Ermitaño, de las que fueron directos y atónitos espectadores.

El Papa León X, el 7 de julio de 1513, decretó para Francisco los honores de Beato, fijando la fiesta litúrgica para el 2 de abril, día de su muerte.

El día 1.° de mayo de 1519, principalmente por el interés del Rey Francisco I, marido de Claudia, que había obtenido del Santo la curación instantánea, de personalidades y ciudades de Francia y Calabria, el mismo León X lo inscribió en el libro de los Santos con una solemne ceremonia en la Basílica Vaticana.

Se cumplía la profecía del Ermitaño: «Yo seré santo cuando tú seas Papa».

Francisco I regaló en aquella ocasión setenta mil escudos de oro y los ornamentos para adornar la Basílica de San Pedro. Hizo acuñar una medalla como recuerdo, que llevaba por un lado su efigie y por el otro la del Santo con la inscripción: «Al propagador de la estirpe real». Francisco I recordaba que él había nacido por intercesión del Santo, a quien su madre, Luisa se Saboya, se había dirigido con una gran confianza, prometiéndole: «Si vos con vuestras oraciones me obtenéis de Dios un

Ana de Bretaña, reina de Francia, obtiene la curación de su hija por la intercesión del Santo

hijo, yo por gratitud le llamaré con vuestro nombre». Y el Santo había respondido: «Confiad en el Señor, y yo os aseguro que tendréis un hijo, que será rey de Francia.

La exaltación del humilde Santo fue celebrada con alegría por aquellos que le habían conocido e invocado.

Pero desde la gloria del Cielo, Francisco no ha olvidado a sus hermanos de la tierra. Nuevos y numerosos prodigios se realizan hoy día por la intercesión del Santo.

La gente que trabaja en el mar es la que más ha experimentado el valioso patrocinio de quien caminó sobre las aguas del Estrecho de Messina.

En consideración a tales merecimientos, Pío XII, el 27 de marzo de 1943, proclamaba para Italia al Santo de Paula Patrono celestial de la gente de mar.

Desde el lejano 1591 la diócesis de Cosenza lo tiene como su peculiar Patrono.

Juan XXIII, el 2 de junio de 1962, acogiendo las peticiones del Episcopado y del pueblo calabrés, extendía el patronato del Santo a toda Calabria.

1.º de mayo de 1519, el Papa León X lo inscribe en el libro de los Santos

Francisco había profetizado al Rey Luis XI que su reino sería castigado con el flagelo de la herejía poco después de su muerte.

De hecho, sobre el 1560, las teorías de Calvino empezaron a difundirse por Francia, sobre todo, por la propaganda de los hugonotes, decididos a cambiar el orden público, aunque para ello fuera necesario hacer desaparecer la religión católica.

Los herejes capitaneados por Marino Pibelleau, el 1.º de abril de 1562 entraron en la ciudad de Tours, pasándola a cuchillo y dándola a saqueo.

Después de haber quemado el cuerpo de San Graciano y San Martín, se dirigieron al convento de Montils, en el castillo de Plessis. Algunos religiosos de avanzada edad, que no pudieron seguir a los demás en la huida, fueron bárbaramente muertos. Pasaron los hugonotes a la iglesia y se dedicaron a tirar los altares, a llevarse los objetos de culto y a profanar los sepulcros. Uno de los primeros fue el de Federico II de Aragón, que por orden de su padre el Rey Ferrante de Nápoles, el que años antes había acompañado al Santo en su viaje

Las sandalias de Francisco, echadas a la mar, aplacan una furiosa tempestad y un barco escapa del naufragio

a Francia, había quedado tan devoto suyo que quiso ser enterrado junto a él en la iglesia de los Mínimos. Sus restos fueron quemados.

Pocos días después, el 13 de abril, fue profanada la tumba de nuestro Santo. Su cuerpo después de llevar cincuenta y cinco años enterrado, estaba intacto y exhalaba un suave olor.

El P. Carlos Royer, que contaba a la sazón dieciocho años, fue testigo de los hechos. Así lo cuenta: «Los hugonotes entraron en la ciudad y quemaron los cuerpos de San Graciano y San Martín. En aquel entonces, no recuerdo el día, vi una mañana, una banda de hugonotes, unos a pie, otros a caballo pasar por la plaza, y supe que andaban al convento de Plessis, como así fue. Aguijoneado por la curiosidad de saber lo que harían en él, también yo, unas tres horas después del alba, allá me fui con otros jóvenes de mi edad. Llegado al convento, hallé multitud de fieles de Tours que habían ido allí impelidos por la curiosidad, y les oí decir que los hugonotes ya se habían ido del convento. Quise entonces observar qué daños habían hecho en aquel sagrado lugar. Entré en la iglesia y corrí derecho a la capilla, donde reposaba el cuerpo de San Francisco, y donde tantas veces había ido yo mismo a re-

Los hugonotes queman el cuerpo del Santo

zar. La tumba —excavada en el suelo— estaba recubierta de losas cuadradas, iguales a las que forman el resto del pavimento. Vi que aquellas losas habían sido removidas y rotas: el sepulcro de piedra estaba cubierto, como aún se ve en la misma capilla, pero introduciendo mi mano en él, pude comprobar que estaba vacío».

Pasé de la iglesia a la hospedería y allí supe por personas a quienes yo conocía que los hugonotes, después de haber destapado el sepulcro de San Francisco, con una cuerda atada al cuello sacaron a tirones fuera de él el santo cuerpo, que permanecía entero y en algunas partes adherido al hábito. Sacrílegamente arrastrado por la iglesia y el claustro hasta la hospedería, allí, mientras aparejaban lo necesario para quemarlo, algunos piadosos católicos, que se hallaban entre los circunstantes, lograron arrancar alguna parte de él, lo cual les fue muy fácil, después de tanos años de sepultura. He conocido a muchos vecinos del barrio Notre-Dame-la-Riche, personas fidedignas, que me confesaron poseer huesos desprendidos del santo cuerpo, parte de los cuales trajeron más tarde a la iglesia de nuestra parroquia y otra parte al convento de Plessis...»

«Quemaron los hugonotes el santo cuerpo en la sala de la hospedería. Aseverándomelo muchas personas que encontré allí, y, efectivamente, cuando yo llegué, a eso de las cuatro de la tarde, veíanse todavía las cenizas y trozos de leña y de carbón. Creo que aquel día estuvo desierto el convento; mas habiendo yo vuelto allí al día siguiente hallé algunos frailes que recogieron las cenizas y las sacaron. Más tarde, cuando ya era religioso, supe que las habían colocado en el sepulcro de nuestro bienaventurado Patriarca».

En la pared del claustro donde fue quemado el cuerpo bendito, se colocó una pintura que representaba la escena del detestable delito con una inscripción que decía: «Había deseado morir mártir; pero Dios le concedió después de muerto lo que le había negado en vida».

Pocos restos del Santo pudieron recogerse. De ellos algunos huesos volvieron triunfalmente a Paula el año 1935 y se guardan celosamente bajo el altar de la Capilla del Santo, meta de continuas peregrinaciones.

Trazar un perfil moral y espiritual de nuestro Santo es empresa difícil, por la profundidad de las virtudes y por la grandeza de su alma.

Sobre todo su ilimitada humildad nos impide penetrar e indagar en el alma, para traducir, en conceptos lo que fue su experiencia mística. Todo lo que él hizo y dijo, era un reflejo de su espíritu.

El Papa León X en la Bula de canonización lo define como «enviado de Dios para iluminar admirablemente, como mística llama, las tinieblas de su siglo».

Al orgullo prepotente de su tiempo Francisco opone su humildad; a la lujuria desenfrenada, su penitencia; al egoísmo imperante la caridad. «Quien tiene caridad posee todo bien, y quien está sin caridad no tiene nada», decía a sus religiosos.

Bossuet ha sintetizado el camino ascendente hacia Dios, diciendo: «Separación del mundo, unión íntima con Jesucristo, derecho particular sobre los bienes de Dios: tres privilegios concedidos a Francisco de Paula desde el bautismo... Una santidad extraordinaria co-

La reina Claudia, mujer de Francisco I, habiendo obtenido por intercesión de San Francisco un hijo, le impone el nombre del Santo

menzada desde la infancia y custodiada en una inocencia inalterable».

Un historiador de Luis XI, Felipe de Commynes, que varias veces lo había encontrado en la corte de Francia, escribió: «Yo no he visto jamás un hombre de tan santa vida, en el cual parecía que el Espíritu Santo hablase por su boca».

Durante noventa y un años vivió en humildad, penitencia y caridad.

Ermitaño y profeta, apóstol y taumaturgo, su corazón sólo palpitó de amor a Dios. Decía a sus religiosos: «La oración, la contemplación de las cosas del cielo, son el verdadero y mayor alimento del alma, su única delicia y suprema felicidad».

Aún cuando se preocupaba por la salvación de sus hermanos, su alma continuaba inmersa en Dios, de tal modo que parecía insensible a lo que le rodeaba.

El compañero fiel de sus laboriosas jornadas era Cristo crucificado; su modelo y el fin de su vida no podía ser otro que Cristo.

Supo encontrar la voz de Cristo tanto en las inquietudes de la primavera como en las tempestades del crudo invierno cálabro; supo descubrir la mirada de Cristo también en el

Vicente I, duque de Mantua, combatiendo contra los turcos, tiene la visión del Santo que defiende a su ejército del asalto enemigo

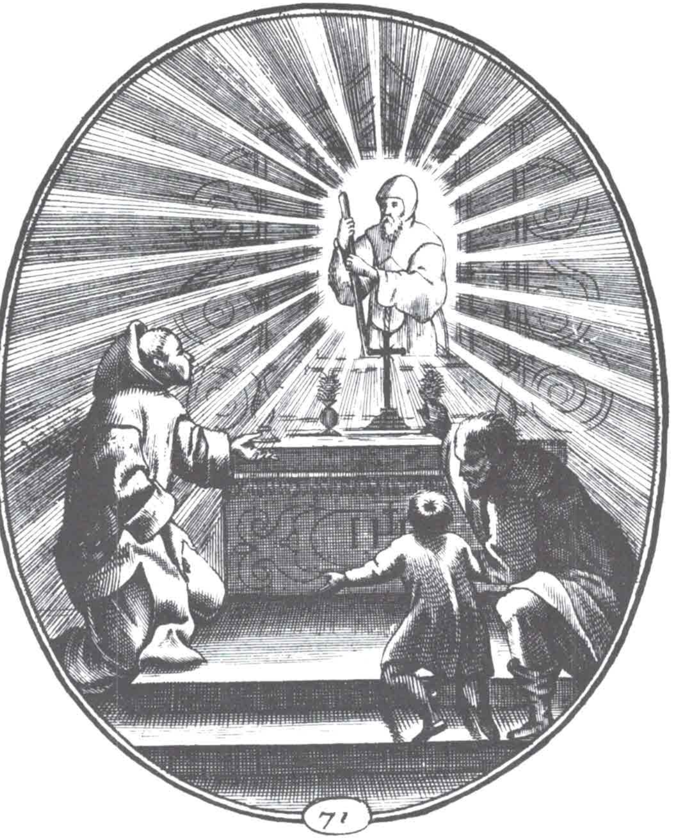
sol llameante que se espejaba en el azul del mar y en las estrellas que temblaban de frío en las gélidas aguas del Isca, durante sus noches de penitencia y oración.

Fue un serafín de amor y veneración hacia la Virgen Santísima; tanto es así que hubo quien dijo: «Parecía que hubiese esculpido en su corazón el nombre de la Virgen María». A su nombre había dedicado muchas de sus iglesias. La veneraba cada día con el rezo del Oficio divino y del Santo Rosario e inculcaba en los demás el amor a tan tierna Madre, repartiendo medallas, estampas e imágenes.

Tuvo deseos profundos de fraternidad y justicia entre todos los hombres, como lo simbolizaron las llamaradas que aparecieron sobre su casa aquel veintisiete de marzo de 1416.

Supo reconocer a Cristo sobre todo en los hombres que se cruzaron en su camino, como en aquellos que sufrieron en el alma o en el cuerpo y se acercaron a su eremitorio. «No ha habido enfermo alguno que se haya acercado al Santo y no haya recibido luz; que no haya sido confortado o socorrido», declaró León X.

El mismo fue al encuentro del sufrimiento moral o físico de sus hermanos los hombres,



Su protección se expande por todo el mundo

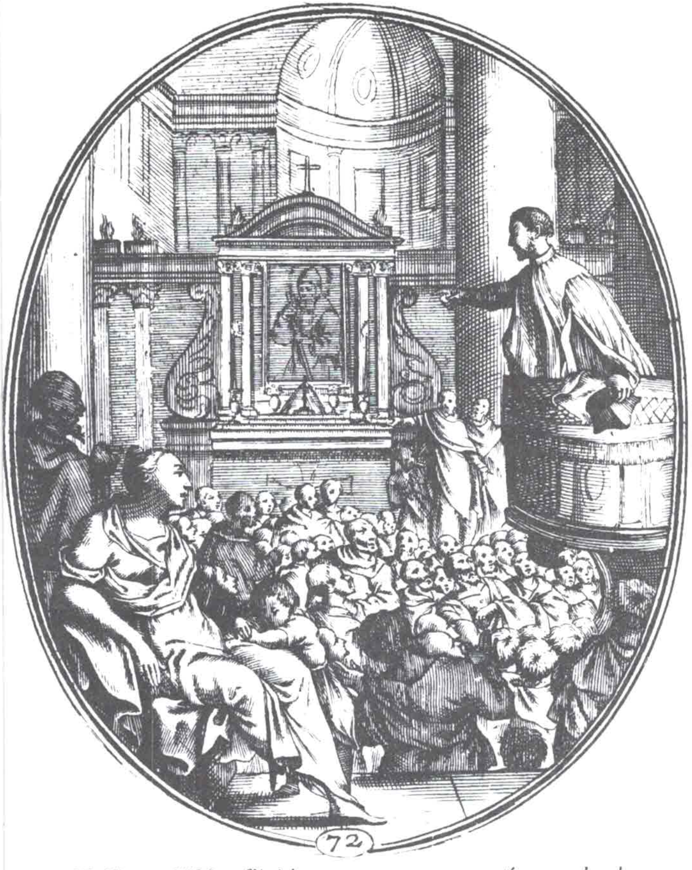
afrontando por ello pobreza, largos y extenuantes viajes, alejarse de la familia y de su patria. «Trató su cuerpo como a un criado a quien daba el alimento sólo una vez al día», dijo también de él el gran Bossuet.

El fasto de la corte y el entusiasmo de los pueblos aclamándole, no cambiaron su estilo de vida sencilla y penitente, escondida en Dios.

El biógrafo contemporáneo delinea así las etapas del gran arco de su vida: «Fue digno de alabanza en su infancia, caritativo en la adolescencia, digno de amor en su juventud y fue perseverante en su vejez, vigilando en todo momento y haciendo penitencia durante noventa años».

Presencia viva

Nadie que haya conocido la amable figura y la ardiente obra de Francisco de Paula, puede permanecer indiferente ante tan fascinante espiritualidad. Su imagen se ve siempre circundada de ternura tanto en las iglesias como en las casas; allá donde hierve la actividad del hombre como entre los recuerdos más queridos de la familia. Está en el corazón del que va lejos, más allá de los mares.



Sicilia en 1598, afligida por una gran carestía, acude al Santo y en poco tiempo quedó librada

Es porque sentimos todavía vivo y palpitante su grandioso espíritu, con la íntima persuasión de que nuestro Santo ha encarnado y sublimado en sí mismo nuestras mejores dotes y destruido nuestras miserias con el fuego de su caridad.

Las múltitudes, que acuden a su Santuario de Paula o a los numerosos templos que se levantan en todo el mundo en su nombre, cantan su gloria, narran con acentos populares su vida luminosa de virtudes y prodigios y proclaman entre sollozos las obras de su mano poderosa extendida para proteger a tantos de sus hijos.

Lo aclaman Padre, Maestro, Guía, Angel tutelar, Sol de caridad que inflama los corazones de amor a Dios y a los hermanos. Sobre todo sienten la necesidad de rendirle el tributo de su agradecimiento, jurando ante su altar una conducta de fervor y docilidad a la gracia de Dios.

Estos intensos latidos de fe y devoción, este aflorar de sentimientos de bondad y fraternidad, fruto de tu patrocinio, Santo Padre Francisco, son el manojo de gloria con que te coronan hoy los pueblos, como si quisieran redimir el gesto sacrílego que tramaron contra

Continúa su protección sobre todos los que le invocan

ti los heréticos Hugonotes en aquel lejano y nefasto 13 de abril de 1562.

Al terminar esta lectura que te ha hecho conocer las cosas admirables del Santo de Paula, amable lector, te sirva de gracia confortante su bendición:

«Te acompañe siempre la gracia
de Jesucristo bendito, que es
el más grande y el más precioso
de todos los dones.»

INDICE DE LAS ILUSTRACIONES

—En la cubierta: *San Francisco de Paula* de E. Murillo (1618-1682) Madrid - Museo del Prado.

—*Retrato del Santo* por Juan Bourdichon (1457-1521) .... pág. 5

1. Llamas misteriosas sobre la casa natal del Santo .... » 11
2. Nacimiento: 27 de marzo de 1416 .... » 15
3. En el bautismo sus padres le imponen el nombre de Francisco por el voto hecho al Santo de Asís .... » 17
4. Por intercesión de San Francisco de Asís obtiene la curación de un absceso en el ojo izquierdo .... » 19
5. Viste el hábito votivo en el convento franciscano de San Marcos Argentano .... » 21
6. Peregrino con sus padres .... » 23
7. En el desierto de Paula .... » 25
8. El Santo de Asís se aparece a Francisco indicándole que amplíe la construcción de la iglesia de Paula .... » 27
9. Un rico barón le ofrece una suma de dinero para la construcción de la iglesia .... » 29
10. Mientras reza aparecen sobre su cabeza tres espléndidas coronas .... » 31
11. Recibe del cielo el emblema de su Orden: CHARITAS. » 33
12. Entra y sale ileso de un horno encendido .... » 35
13. Hace manar agua de una fuente que todavia hoy exisye: *El agua de la Cucchiarella* .... » 39
14. Detiene milagrosamente gruesos peñascos: *Las piedras del milagro* .... » 41
15. Con un poco de pan y un poco de vino sacia a más de tres mil personas .... » 43

16. Cura una llaga cancerosa a Santiago de Tarsia, barón de Belmonte. . . . . » 45
17. Cura prodigiosamente a una muchacha ciega de nacimiento . . . . » 47
18. Con su saliva forma los ojos y la boca de un niño, nacido deforme. . . . . » 49
19. Un niño, ahogado por obra diabólica, es resucitado milagrosamente por el Santo. . . . . » 51
20. Entrega una vela encendida al Conde d'Arena y a sus soldados que marchan para la batalla de Otranto, y volverán salvos a su patria . . . . » 53
21. Un leproso paralítico sana milagrosamente al ser tocado por el Santo . . . . » 57
22. Con la señal de la cruz divide un árbol que impedía el acceso al convento que se edificaba en Paterno Cálabro. » 63
23. Devuelve la vida a un hombre que unos cazadores habían encontrado sepultado bajo un alud de nieve. . . . . . . » 65
24. Salva milagrosamente a dos obreros atrapados por un corrimiento de tierra. . . . . » 67
25. Imponiendo sus manos, sana a un loco enfurecido . . . . . « 69
26. Tomando unas brasas en sus manos avergüenza a un predicador que le había menospreciado. . . . . » 71
27. Resucita a un joven que había sido aplastado por el peso de un árbol. . . . . » 73
28. Atraviesa el estrecho de Messina sobre su manto . . . . » 75
29. Predica a las muchedumbres en Sicilia. . . . . » 77
30. Volviendo de Sicilia cura a algunos enfermos . . . . » 79
31. Se hace invisible a los soldados mandados por el rey de Nápoles para capturarlo . . . . » 81
32. Un enfermo recobra la salud por el contacto de sus manos taumatúrgicas . . . . » 83
33. Sostiene unas brasas encendidas en sus manos ante el Legado del Papa . . . . » 87
34. Siendo Superior General de su Orden, sirve a sus frailes, juzgándose el último de todos . . . . » 89
35. Divinamente inspirado compone la Regla de su Orden. » 93
36. Cura instantáneamente a un religioso agustino la herida que se habia hecho en un pie talando árboles . . . . » 95
37. Con la señal de la Cruz aleja al demonio del cuerpo de unos posesos . . . . » 101
38. En el nombre de Jesús, dos mudos recuperan el uso de la palabra . . . . » 103
39. Obtiene a una mujer la curación de su hijo moribundo. » 107
40. Se encuentra en Nápoles con el rey Ferrante de Aragón. » 111
41. El rey Ferrante espiando ve al Santo en éxtasis . . . . » 113

42. Rompe una moneda y sale abundante sangre, amonestando: «Esta es sangre de los pobres» .... » 117
43. Se despide del rey Ferrante de Nápoles .... » 119
44. A los pies del Papa Sixto IV .... » 121
45. Profetiza al cardenal Julián de la Rovere que un día será Papa (Julio II) .... » 125
46. Viaja sobre una galera de Ostia hacia Francia .... » 127
47. Entre los apestados de Bormes y de Frejus toma contacto con la humanidad dolorida en tierra de Francia ...... » 129
48. Primer encuentro con el rey Luis XI de Francia .... » 131
49. Para huir del fasto de la corte se retira a la soledad del parque de Plessis .... » 135
50. Los cortesanos de Francia observan maravillados al Santo en éxtasis en el parque de Plessis .... » 141
51. Asiste al rey Luis XI y lo prepara a morir en paz con Dios .... » 143
52. Por ciencia infusa, el Santo habla a dos célebres doctores de París .... » 147
53. Gregorio de Vico escapa de la muerte en la batalla de San Albino por una candela bendecida por el Santo; depone las armas y se hace religioso mínimo .... » 149
54. El rey Carlos VIII sorprende al Santo envuelto en un fulgor de luz celestial .... » 151
55. Carlos VIII, como gesto de gratitud, desea que el Santo sostenga al Delfín en el bautizo .... » 153
56. Envía a dos de sus religiosos a Fernando V, rey de España, para asegurarle la victoria contra los moros .... » 157
57. Libra algunas tierras infestadas de serpientes .... » 159
58. Luis XII le pide consejo en los asuntos de su reino ...... » 161
59. Libra del naufragio a un bajel, bendiciendo el mar tempestuoso desde la ventana de su convento .... » 163
60. Libra a un novicio de la fuerte tentación del diablo que le impedía emitir la profesión religiosa .... » 165
61. Para confirmar a sus religiosos en la observancia de la vida cuaresmal, y manteniendo unas brasas encendidas, dice: «Todo es posible para el que ama a Dios» .... » 169
62. Su última comunión en la vigilia de su muerte .... » 171
63. Su muerte: 2 de abril de 1507 .... » 175
64. El cuerpo del Santo expuesto a la veneración de los fieles » 177
65. Ana de Bretaña, reina de Francia, obtiene la curación de su hija por la intercesión del Santo .... » 179
66. 1.° de mayo de 1519, el Papa León X lo inscribe en el libro de los Santos .... » 181
67. Las sandalias de Francisco, echadas a la mar, aplacan una furiosa tempestad y un barco escapa del naufragio. » 183

68. Los hugonotes queman el cuerpo del Santo............ » 185
69. La reina Claudia, mujer de Francisco I, habiendo obtenido por intercesión de San Francisco un hijo, le impone el nombre del Santo............................ » 189
70. Vicente I, duque de Mantua, combatiendo contra los turcos, tiene la visión del Santo que defiende a su ejército del asalto enemigo .... » 191
71. Su protección se expande por todo el mundo .... » 193
72. Sicilia en 1598, afligida por una gran carestía, acude al Santo y en poco tiempo quedó librada................. » 195
73. Continúa su protección sobre todos los que le invocan. » 197

INDICE GENERAL

Presentación 7

¡OH PAULA FELIZ! 13
«Ha nacido Francisco» 13 - ¿Qué será? 16 - Los primeros pasos en el camino de Dios 18 - Peregrino 22 - En el deiserto 26.

EL TAUMATURGO 37
El dominio de la naturaleza 37 - Los cojos andan 44 - Los ciegos ven 50 - Los sordos oyen y los mudos hablan 52 - Los leprosos son curados 54 - Los muertos resucitan 55 - Profeta 58.

EL PEREGRINO DE DIOS 61
Paterno Cálabro 61 - La prueba 66 - Una insólita nave 70 - Orden de busca y captura 76.

EL FUNDADOR 85
Indagaciones pontificias 85 - La Regla 92 - La Segunda y la Tercera Orden 96.

EMBAJADOR DE PAZ 99
¡Adiós, Calabria! 99 - Hacia Nápoles 108 - En el castillo del rey Ferrante de Nápoles 114 - En Roma 122 - Hacia Francia 126 - En la corte de Luis XI 132 - Una conversión inesperada 137.

EL EXILIO CONTINUA 145
Francisco se queda en la corte 145 - Protección de los soberanos 148 - Expansión de la Congregación 152 - Carlos VIII contra el reino de Nápoles 155 - Juana de Valois 158 - Preparado el regreso 162.

CON DIOS.............................. 167
La muerte de un Santo 167 - El entierro 173 - Más allá de la tumba 176 - Una profanación sacrílega 182 - El misterio de un alma 188 - Presencia viva 194.

INDICE DE LAS ILUSTRACIONES......... 199
INDICE GENERAL 203